

# LA EXPERIMENTACIÓN NARRATIVA COMO BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD EN *EL CAMINO DE SANTIAGO* DE PATRICIA LAURENT KULLICK (THE NARRATIVE EXPERIMENTATION LIKE SEARCH OF THE IDENTITY IN *EL CAMINO DE SANTIAGO* OF PATRICIA LAURENT KULLICK)

LILIA LETICIA GARCÍA PEÑA \*

**Abstract:** Patricia Laurent Kullick (1962) is a remarkable Mexican writer whose narrative production emphasizes in the panorama of present Literature. In these pages I analyze, in its novel *El camino de Santiago* (1999), the experience of the search of the individual identity through the narrative experimentation that allows her to explore the voices of its interior, as well as to represent the network of relations with the outer reality. I will approach on the other, as on the one hand, Laurent recovers the subject of the identity like an inherent problem to the human being, and how it locates to us, simultaneously, in the specific panorama that raises our 21st century for the encounter of the being with itself and with the other.

**Keywords:** Patricia Laurent Kullick, identity, Mexican narrative, 21<sup>st</sup> century.

## INTRODUCCIÓN

Patricia Laurent Kullick (Tamaulipas, 1962) forma parte de la generación de escritores mexicanos nacidos en los sesenta como Eduardo Antonio Parra, Cristina Rivera Garza y Pedro Ángel Palou, quienes dibujan un horizonte literario mexicano lleno de vitalidad y creatividad en el siglo XXI. Patricia Laurent ha sido becaria del Centro de Escritores de Nuevo León. Ha publicado tres libros de cuentos: *Ésta y otras ciudades* (1991), *Está por todas partes* (1993) y *El topógrafo y la tarántula* (1996). Es importante mencionar que *El camino de Santiago*, ganadora en 1999 del Premio Nuevo León de Literatura, ha sido publicado por el Fondo Editorial del Consejo para la Cultura Estatal (Conarte 2000), por la editorial Era en México en 2003 y por la editorial inglesa Peter Owen en 2004.

---

\* Lilia Leticia García Peña (✉)

University of Colima, Av. Universidad 333, Las Viboras, 28040 Colima, Mexico  
e-mail: liliagarciap@hotmail.com

En estas páginas nos centraremos en *El camino de Santiago*, novela en la que el viejo tópico de la búsqueda de la identidad se vuelve un asunto renovado que toca los hilos más delicados con que se entretajan las redes de relaciones en el nuevo siglo.

La mitocrítica como perspectiva que permite abordar la literatura desde su condición cultural, sin perder de vista su especificidad poética, las reflexiones de Freud y Jung sobre la constitución del aparato psíquico, los trabajos del psicólogo norteamericano Kenneth Gergen sobre la saturación social y el yo, multifrénico y colonizado del siglo XXI, así como las reflexiones de Octavio Paz sobre un discurso poético en movimiento dan la base teórica para realizar el análisis. Para desarrollar el trabajo parto de una reflexión sobre la presencia de una aparente locura de la protagonista como detonante de la desestructuración del discurso narrativo, abordo después la inclusión de una idea de movimiento como liberador de la identidad en construcción, así como del propio texto, frente a la rigidez del paradigma occidental, para terminar con el análisis de la representación de la identidad contemporánea.

#### DE LAS DIMENSIONES DEL YO A LA DESESTRUCTURACIÓN DEL DISCURSO NARRATIVO EN *EL CAMINO DE SANTIAGO*

La novela empieza con la narración del intento de suicidio de la protagonista, sin nombre, a los 14 años. Según cuenta ella misma a partir de esa experiencia reconoce que en su ser habitan dos entidades: Santiago, que se alberga en su interior y que su torrente sanguíneo arrastra porque habita en su sangre, específicamente en “la topografía de las rutas encefálicas” (Laurent, 2003:7)<sup>1</sup> y Mina, que vive sumergida en los pozos subterráneos de su existencia. Santiago observa la escritura del texto, la vigila y la controla; Mina se esconde en el azul índigo de las profundidades.

La novela se narra desde una primera persona que ya en la página inicial se quiebra y parece estallar en voces intrusas: “Los otros miedos, indescifrables como relámpagos que ciernen la sangre, son de Santiago, el intruso que invadió mi cuerpo cuando abrí la primera vena” (p. 7) y de la voz latente de Mina. Estas voces dibujan a la protagonista desde una realidad herida y distorsionada, Laurent Kullick experimenta, fragmenta las voces, o más exacto, capta la voz propia y las de su entorno en su quebrantamiento, las pone en contrapunto,

---

<sup>1</sup> A partir de aquí haré referencia a la novela de Patricia Laurent Kullick indicando únicamente la página.

discuten, se asimilan y se cuestionan unas a otras. La realidad del ser en esta novela es un estallido, un *big bang* que lanza los pedazos de palabras y discursos, la identidad es apenas un saltar de trozos cortantes.

Recordemos que la voz de Santiago es la del “intruso del poder, del ego, del deseo” (p. 14). Es la mirada racionalizante que sólo se nubla con los vapores de la intuición, del sueño, del alcohol, del amor y entonces pierde su caminar rígido y controlado: “He descubierto que los mágicos humos del alcohol ahuyentan a Santiago [...] Así, con el cuerpo desparramado, flácido, Santiago no puede remar por el tráfico alterado de las señales cerebrales. Con la topografía inflamada, la telegrafía confusa, amé muchas veces” (p. 16). Santiago es la entidad que almacena imágenes memoriales de la protagonista, guarda, a modo de fotografías, los episodios y eventos significativos de su vida. Santiago es la piel, lo superficial: “Es pura dermis. Su único ojo es una espiral de carne latiendo, bombeando sangre. Santiago parece una canica de hígado, con extremidades rojas, escurrientes” (p. 66), pero en el fondo palpita Mina, a quien la protagonista busca constantemente:

Llegué al otro lado mientras Santiago, hundido el cuerpo, buceaba en la pus salvando su preciado tesoro. Me encontré con una enramada de venas cenizas. Repté con dificultad por debajo de la maraña. Encontré la negrura. Me quedé inmóvil como reptil dormido y la llamé: -Mina. Mina (p. 67).

Desde una racionalidad agobiante, Santiago es la voz que atormenta, construye delirios, sugiere con causalidades angustiantes, confunde con artimañas del pensamiento, asedia al sueño y asfixia a Mina:

En menos de dos meses, Santiago armó un carnaval de pesadillas. Algunas me hacen despertar y otras me persiguen después del sueño: camino hacia la ventana para aliviar una pesadilla ligera y descubro a Lucio en el traspatio desollando a una presa humana. Mis párpados son dos cortinas de hierro que no puedo levantar. Valiéndose de complicadas geometrías y transfiguraciones, Mina entra por el instinto para ayudarme a despertar. Sin embargo, Santiago descubrió la plomería que trae a Mina hasta el sueño. Por la coladera vació extraños logaritmos que repiten el vaivén del agua (p. 88).

Santiago es controlador y normativo, externo y visible; Mina es libertaria, deseosa, rebelde, se hunde en las profundidades. La voz anónima de la protagonista se escinde entre ambas voces. Las tres voces confluyen y componen un discurso delirante, la aparente locura perturba la narración y expresa el conflicto de la identidad, un yo herido y confundido. Con cierta perspectiva, la narración puede

tomarse como la representación de un personaje dividido psicológicamente y alienado; desde mi punto de vista, no hay tal locura, sino que refiere a las múltiples dimensiones que habitan a todo ser humano.

## IDENTIDAD Y NARRATIVA EN MOVIMIENTO: DE LA OPRESIÓN DE LA RACIONALIDAD OCCIDENTAL A LA LIBERACIÓN

Desde mi punto de vista, la representación de la identidad en *El camino de Santiago* se aparta de la configuración de un *alter ego* o de un personaje dividido psíquicamente para ser un ejercicio de experimentación narrativa que representa la complejidad de la identidad humana. Esto, desde luego, no exime a la protagonista del sufrimiento en la búsqueda de sí misma, pero es un proceso mucho más liberador. Está mucho más cerca de una perspectiva fluida y móvil del ser que del afán clasificatorio y la rigidez analítica de la lógica occidental.

Podríamos decir que la realidad multidimensional de la protagonista coincide con la interpretación del aparato psíquico que hace Freud; el texto de Patricia Laurent narrativiza una realidad humana a la que Freud dio voz de modo contundente en Occidente. En la novela hay tres voces: la de la protagonista, la de Santiago y la de Mina, son tres niveles de la identidad al igual que en los dos modelos del aparato psíquico trazados por Freud. En el primer modelo, el topográfico, diseñado en la etapa fundacional del psicoanálisis, especialmente en *La interpretación de los sueños* (1900) Freud (2000) distingue:

Hay, pues, *dos clases* de inconsciente, diferenciación que no ha sido realizada aún por los psicólogos. Ambos se incluyen en lo que la psicología considera como lo inconsciente, pero desde nuestro punto de vista, uno de ellos, lo que hemos denominado *Inconsciente*, es incapaz de conciencia, mientras que el otro, vale decir el *Preconsciente*, ha recibido de nosotros este nombre porque sus excitaciones pueden llegar a la conciencia, aunque también adaptándose a determinadas reglas y quizá después de vencer una nueva censura, pero de todos modos sin relación alguna con el sistema *Inconsciente* (530).

Freud (1992) reafirma tal constitución de la psique en consciente, inconsciente y preconsciente como premisa fundamental del psicoanálisis en “El yo y el ello” en 1923:

Pero vemos que se nos presentan dos clases de inconsciente: lo inconsciente latente, capaz de conciencia, y lo reprimido, incapaz de conciencia [...] A lo

latente, que sólo es inconsciente en un sentido descriptivo y no en un sentido dinámico, lo denominamos preconscious, y reservamos el nombre de inconsciente para lo reprimido, dinámicamente inconsciente (10).

En este modelo topográfico el inconsciente corresponde a los procesos primarios, los instintos, el principio del placer, así como los sentimientos y deseos no accesibles y/o aceptables para la conciencia; y el consciente es el nivel en donde se cumplen los procesos secundarios, corresponde al principio de realidad y se identifica con el sentido común y la razón.

Este modelo del aparato psíquico es sustituido por Freud hacia 1923 por uno nuevo de carácter estructural también tridimensional: el yo, el ello y el superyó. En realidad, ambos modelos se superponen: el yo corresponde a la conciencia, a la razón y obedece a los mecanismos de defensa, funciona como mediador entre el ello y el mundo exterior; el ello, la parte más arcaica, al inconsciente, y el superyó a la conciencia moral del sujeto.

Hacia 1938, Freud (2001) sintetiza en *Esquema del psicoanálisis*:

El yo gobierna los movimientos voluntarios. Su tarea es la autoafirmación, y la realiza en doble sentido. Frente al mundo exterior, aprende a conocer los estímulos, acumula (en la memoria) experiencias sobre los mismos, evita (por la fuga) los que son demasiado intensos, enfrenta (por adaptación) los estímulos moderados y, por fin, aprende a modificar el mundo exterior adecuándolo a su propia conveniencia (13).

Freud no es el único ni el primero, antes de él, desde luego hay diversas intuiciones de la organización de la psique. Tampoco quiero decir que *El camino de Santiago* es un espejo de la teoría psicoanalítica, pero sí que es importante advertir el paralelo: la voz de la protagonista, sin nombre, parece corresponder a la conciencia; su búsqueda es la autoafirmación; “aspira a sustituir el principio del placer, que reina sin restricciones en el ello, por el principio de la realidad” (Freud, 2001:13); es el nivel reflexivo que representa la contención de las pasiones del ello. Mina es el ello, el principio del placer, la dimensión del ser humano que aflora cuando “periódicamente el yo rompe sus comunicaciones con el mundo exterior y se retrae al estado de reposo o sueño, modificando profundamente su organización” (Freud, 2001: 13). Mina está en la oscuridad de las profundidades, de manera equivalente a la percepción de Freud (2001) del ello:

El núcleo de nuestra esencia está formado por el oscuro ello, que no se comunica directamente con el mundo exterior ni es accesible a nuestro conocimiento por intermedio de ninguna otra instancia. En este ello actúan los instintos orgánicos, formados a su vez por la mezcla en proporción variable, de dos fuerzas primordiales (eros y destrucción), y diferenciados entre sí por sus relativas relaciones con los órganos y sistemas orgánicos ( 91).

La voz de Mina es afectiva; “no rigen las limitaciones críticas de la lógica, que rechaza una parte de estos procesos considerándolos inaceptables y tratando de anularlos” (Freud, 2001: 91); Santiago es el superyó, la voz de los rígidos patrones de conducta familiares, culturales, raciales.

Frente al problema de la interioridad psíquica, Freud es síntesis y herencia del pensamiento occidental. Si entre la percepción de tres niveles o facetas del aparato psíquico y la representación del personaje de *El camino de Santiago* en tres dimensiones hay cierto paralelismo, no lo hay en la lectura y resolución de esas dimensiones.

Si bien es una deuda con el psicoanálisis el reconocimiento antipositivista de las dimensiones ocultas de la psiquis, el pensamiento de Freud racionaliza, clasifica, divide y no supera la rigidez de la lógica occidental. *El camino de Santiago*, en cambio, se pone en la ruta del movimiento y de la contradicción. En la organización narrativa, si Santiago es el discurso del análisis, Mina es el discurso simbólico que expresa las profundidades de la protagonista: “Él [Santiago] argumenta que somos lo mismo. Intento, con este amasijo de hechos, rescatar a Mina. Se encuentra en el azul índigo, tras pozos profundos, lagunas, construcciones vacías” (p. 8). La protagonista narra, ciertamente, desde la herida y la confusión de las voces, desde una primera persona de un yo en conflicto, pero el texto tiende más a la complementariedad que a la oposición:

Lo tranquilizo [a Santiago] con algo de Mozart. También doy a mi cuerpo un poco de café mientras narro el horror de no convencer a nadie. Santiago accede a contribuir con lo que se pueda entender. Es como un espejo fiel al alfabeto desgastado. Observa, entiende, afirma, entonces puedo narrar. No soporta que mis dedos escriban algo que no comprende. Teme ser juzgado duramente. De hecho, preferiría no seguir con este absurdo concilio (p. 8).

Las entidades más que dividirse terminan por fluir; más que fijarse, se mueven. La identidad es menos división y ruptura, no se trata de fuerzas psíquicas en conflicto irresoluble, sino de planos que se cruzan. Esta novela se aparta de los criterios de “nuestra ciencia [que] se basa

sobre el principio de causalidad, [y que la considera] una verdad axiomática” (Jung, 1990: 22) para concentrarse en la sincronía del instante. La lógica de la novela es otra lógica, el juego de voces de la novela en un sentido simbólico es mucho más yin -yang que oposición y ruptura:

Su movimiento íntimo no resulta perceptible para nosotros. Sin embargo, somos los testigos de mil cambios y diez mil transformaciones. Los cambios, de origen celeste, devienen transformaciones de origen terrestre. Se llama *yin-yang* a la formulación más elevada del hecho del cambio y de la transformación. El *yin-yang* es, etimológicamente, el contraste entre la sombra (*yin*) y la luz (*yang*). Lo que proporciona el aspecto estático del *yin-yang* es el lado sombrío, al que corresponde el lado solar. Su aspecto dinámico radica en el hecho de que el lado sombrío será después alcanzado por el sol, mientras que el lado solar entrará en la sombra (Poupard, 1997: 1845).

Y mucho más Nirvana. Recordemos que Nirvana es una palabra en sánscrito que alude a desatar los nudos de la mente. El Nirvana no expresa la aniquilación del yo, simplemente porque desde el hinduismo “no hay ningún yo que aniquilar. Si hay una aniquilación, es tan sólo la de la ilusión que crea la falsa idea de un yo” (Poupard, 1997: 1278).

La búsqueda de la identidad de la protagonista es un viaje. El personaje, como el mismo título de la novela lo señala, transita un camino y en ese caminar, la identidad más que construirse, fluye pero no es un viaje cualquiera, el título nos habla de una peregrinación.

“El camino de Santiago” refiere a una ruta que recorren los peregrinos para llegar a la ciudad de Santiago de Compostela en donde se veneran las reliquias del apóstol. La protagonista peregrina, no sólo a partir de la experiencia de los viajes narrados en el texto, sino en el proceso mismo de la búsqueda de sí misma. La peregrinación es un acto de fe, de búsqueda, es la acción de transitar un camino largo y tortuoso, es de algún modo una experiencia comunitaria porque se va solo pero con todos, es decir, es un acto íntimo pero también social. Toda peregrinación implica el alejamiento de la cotidianidad para insertarse en una vivencia extraordinaria, su final es siempre una vivencia del orden de lo sagrado, es una experiencia de cansancio y esfuerzo para lograr una transformación. Al moverse físicamente de un lugar a otro, el sujeto pasa también de un estado a otro, es la experiencia que Turner llama <<liminalidad>>, es un estar <<entre>>, de modo que lo anterior se redefine y el futuro se rediseña. *El camino de Santiago* de Laurent Kullick, es un viaje de conocimiento hacia sí

misma, un peregrinar de lo que no se sabe qué se es hacia la conciencia de sí: es adentrarse en la condición humana.

La resolución de la identidad en la novela es más torbellino que tajante división, más dinamismo que dualismo. La narración misma es un ejercicio fluido y móvil, va de la prosa a la poesía con la misma maleabilidad que se concibe el yo, es – como diría Octavio Paz (1995)- un ejercicio para “Abrir las puertas condenadas” (11). Explora, desciende en el interior de la identidad bordeando entre la prosa y la poesía, narrativa en movimiento:

Ahora el poema en prosa se expande en círculos cada vez más amplios y colinda con el relato. El experimento, a primera vista, parece peligroso: la brevedad mantiene la ambigüedad entre prosa y poema, impide que éste se disuelva en aquélla (Paz, 1995: 16).

*El camino de Santiago* es una novela que narra la dispersión y multifrenia del yo pero es a la vez, una novela sobre el acto de narrar, sobre la posibilidad de decirse a sí mismo, de volverse lenguaje:

He retrocedido hasta el azul del abismo y caigo. Floto sin cuerpo, sin ojos, sin lenguaje. Es un vuelo donde el silencio arremete a los tímpanos. Me integro perfectamente al vacío. Santiago no está invitado con su cámara fotográfica, de manera que resulta imposible narrarlo (p. 32).

Narrar en la novela de Laurent es sumergirse en el abismo interior del ser. Ser, conciencia y cuerpo son una misma cosa que se desliza en la palabra que cuenta, narrar es fluir en el torrente sanguíneo que alimenta a las criaturas. Ahí mismo donde surgen los delirios. Narrar es tocar y tocarse a sí mismo:

Penetro. Adentro están las memorias. Les hablo; quiero tocar a mis hermanos, tocarme a mí misma que estoy con ellos, pero todos son como hologramas [...] Suspiro aliviada al presentir a Mina: reconozco el aliento desfático y pleno. No hay rencores por el tiempo que perdimos. Tomo la mano de su cuerpo azul y me vuelvo unos segundos para verme en la cama del hospital. Lucio está sentado al lado de mi cuerpo dormido. Desde la boca del túnel le acarició el pelo. Le pido que no regrese a ver lo que queda. Sé que jamás saldrá de Santiago una palabra inteligible. Lucio me despide con su mejilla recargada en mi pecho tranquilo (p. 98).

*« El camino de Santiago » como espacio narrativo de la identidad contemporánea*

El conflicto de búsqueda de identidad del personaje ilustra una de las obsesiones, por definición, de nuestra cultura:



En la cultura occidental, de antiguo, el individuo ha ocupado un lugar de importancia abrumadora. Los intereses culturales prácticamente quedan absorbidos por la naturaleza de las mentes individuales: sus estados de bienestar, sus tendencias, sus capacidades y sus deficiencias. Las mentes individuales se han utilizado como el lugar de la explicación, no sólo en psicología, sino en muchos sectores de la filosofía, la economía, la sociología, la antropología, la historia, los estudios literarios y la comunicación (Gergen, 1997: 21).

El debate sugerido en el apartado anterior, sin embargo, se enmarca en una situación histórica y cultural específica: el México del siglo XXI. La protagonista es un ser multiprojectado en sus relaciones sociales hacia sí misma y hacia los otros; no es una alucinación, es una percepción a través de la que se conoce:

Siempre flotante, sin poder hacer tierra y convertirme en mí misma, repaso los gestos de los otros cuerpos. Cómo comen, ríen, cómo andan con libros rumbo a la escuela. Imito a mis compañeras y piso sobre las huellas de los vecinos rumbo a la tienda de la esquina (p. 10).

El estudio de Kenneth Gergen contribuye a reflexionar sobre la saturación social y el yo multifrénico y colonizado del siglo XXI. Gergen (1997) señala una característica fundamental de la narrativa actual: “Uno avanza a lo largo de la novela –dice- como en un sueño. La novela posmoderna es el arte de las perspectivas cambiantes” (173). Es así como la narrativa de Laurent Kullick experimenta con la perspectiva narrativa para expresar el conflicto de las identidades en nuestros días.

Los últimos años del siglo XX vieron desmoronarse la estructura de la identidad del yo como invención de la modernidad burguesa ¿Quién es yo, entonces? ¿Cómo entabla el yo las relaciones con otros *yo*es? Gergen (1997) nos orienta en la respuesta:

El posmodernismo socava el proyecto modernista y subvierte, simultáneamente, las concepciones románticas del yo [...] Los fundamentos modernistas del saber objetivo, tan esenciales para las instituciones científicas y educativas, están perdiendo vigencia rápidamente. La creciente conciencia de la multiplicidad de perspectivas socava cualquier intento de establecer lo que es correcto. Se nos han vuelto extraños los conceptos de verdad, sinceridad y autenticidad. Cualquier tentativa de caracterizar a una *persona real* (el funcionamiento mental, el espíritu humano o el individuo biológico) es sospechosa, y la consideración de un núcleo interno, un agente racional dotado de intencionalidad propia, se desgasta (151).

Gergen (1997) explica que hasta finales del siglo XX el individuo posee una personalidad o carácter básico: “Quien no era “él mismo”-subraya- era un impostor superficial, quizás un neurótico que trataba

desesperadamente de ser algún otro, o un redomado farsante” (118), pero la objetividad del yo se desdibuja, la intimidad es cruce de múltiples referencias sociales y su núcleo interior parece dispersarse. A este yo que se construye como identidad que refiere a una multiplicidad dispersa de identidades, es al que Gergen (1997) define como <<yo colonizado>> (227). Según el psicólogo, las tecnologías de alto nivel del siglo XXI, que él llama *tecnologías de la saturación social* – computadoras, correo electrónico, satélites- son centrales en la composición contemporánea del yo individual en el sentido que hay una colonización del ser propio que refleja la fusión de las identidades parciales por efecto de la saturación social:

A medida que avanza la saturación social, acabamos por convertirnos en pastiches, en imitaciones baratas de los demás. Llevamos en la memoria las pautas de ser ajenas. Y si las condiciones se vuelven favorables las pondremos en acción. Cada uno de nosotros se vuelve otro, sólo representante o sucedáneo. Dicho en términos más generales, a medida que pasan los años el yo de cada cual se embebe cada vez más del carácter de todos los otros, se coloniza. Ya no somos uno, ni unos pocos, sino que como Walt Whitman, “contenemos multitudes”. Nos presentamos a los demás como identidades singulares, unitarias, íntegras; pero con la saturación social, cada uno alberga una vasta población de posibilidades ocultas [...] Todos estos yoes permanecen latentes y en condiciones adecuadas surgirán a la vida (Gergen, 1997: 103).

Gergen(1997) señala que la disyuntiva de *Hamlet* se torna hoy un tanto simplista, no se trata ya de <<ser o no ser>>, “sino a cual de tantos seres se adhiere uno” (112). Esta cuestión está en la base de la novela de Laurent:

La colonización del yo no sólo abre nuevas posibilidades a las relaciones sino que además la vida subjetiva queda totalmente recubierta. Cada yo que adquirimos de los demás puede contribuir al diálogo interno, a los debates privados que mantenemos con nosotros mismos respecto de toda clase de sujetos, sucesos y cuestiones. A estas voces interiores, a estos vestigios de relaciones reales o imaginarias, se les ha dado diferentes nombres: Mary Watkins las llama *visitantes invisibles*; Eric Klinger, *imágenes sociales*; Mary Gergen, *espectros sociales* (104).

En la obra, Santiago y Mina son las dos formas principales de contrapunteo de voces pero cada una refiere a una multiplicidad de voces e identidades culturalmente activas: el padre, la madre, los hermanos, las hermanas, compañeros escolares, amigos, novios, maridos, psiquiatras, etc. Las voces vienen del presente y del pasado de la protagonista, del ser y de los “deber ser” que las distintas esferas

a las que ha pertenecido le imponen o le sugieren. El yo se proyecta en las muchas astillas del espejo y cada astilla es una voz y un reflejo del yo:

Mi hermana y mis hermanos fueron excelentes muestras de que puede ser un cuerpo. De ellos calqué dibujos y los firmé como si fueran propios. Hurté sus historias de amor y me puse de protagonista. Fingí la musculatura de mi hermano Alejandro y peleé contra otras niñas, por un insulto, por una risa (p. 10).

Es decir, la multiplicación de las voces en la novela es también de orden social; refiere a una heterogeneidad de las voces y discursos sociales que conviven de manera armónica y/o disonante. Es lo que Bajtín (1998) llama heteroglosia como una forma de polifonía discursiva social.

Es en este sentido, que la representación del yo en *El camino de Santiago* de Patricia Laurent Kullick, más que un yo escindido o esquizofrénico, es un yo colonizado y multifrénico, que aparece como testigo y expresión de los nuevos marcos de relación en los albores del siglo XXI. Es una forma experimental narrativa a través de la cual se expresa la compleja interacción entre voces al interior y al exterior del yo, a veces armónicas, a veces discordantes.

Hemos abordado la lectura de *El camino de Santiago* de Patricia Laurent Kullick, a partir de la reflexión en torno al recurso de la aparente locura como desestructuradora del discurso narrativo, hemos advertido en la configuración de los personajes el dislocamiento de la identidad individual como una entidad múltiple y fluida, para terminar con el análisis de la representación del yo colonizado en *El camino de Santiago* como laboratorio narrativo de la identidad contemporánea. Patricia Laurent Kullick se suma a la corriente transformadora y experimentadora del acto de narrar en la literatura mexicana del siglo XXI. La posibilidad de narrar y narrarse queda suspendida, la protagonista afirma en las últimas líneas de la novela que sabe que “jamás saldrá de Santiago una palabra inteligible” (p. 98) pero el texto mismo desafía el impedimento de narrar, lo cerramos con la certeza de una posibilidad.

#### REFERENCES :

- Bajtín, Mijail (1998). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.  
Freud, Sigmund (2001). *Esquema del psicoanálisis*. México: Paidós.  
\_\_\_\_ (2000). *La interpretación de los sueños*. Madrid: Biblioteca Nueva.  
\_\_\_\_ (1992). *El yo y el ello*. México: Alianza Ed.  
Gergen, Kenneth (1997). *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.

- Jung, C.G. (1990). "Prólogo" a *I Ching*. México: Hermes/ Sudamericana, 21-42.
- Laurent Kullick, Patricia (2003). *El camino de Santiago*. México: Era.
- Paz, Octavio (1995). *Poesía en movimiento*. México: Siglo XXI.
- Poupard, Paul (1997). *Diccionario de las religiones*. Barcelona: Herder.